

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

Sumario.

Cosas del tiempo—La semana santa—Reos de muerte—Teatros.



amás nos hemos encontrado en tan grande apuro como hoy.

Rara vez ha sucedido como la presente el hallarnos colocados en una situación tan difícil.

Apenas hay cosa de que dar cuenta á nuestros lectores, como no sea del diluvio que se está verificando á mas y mejor.

En efecto, la primavera no puede presentarse mas sombría ni mas húmeda: vamos á acabar de convertirnos en anfibios si Dios no lo remedia, y eso que la mitad de la Puerta del Sol se halla ya en estado transitable.

Algo es algo; nosotros creíamos que las obras de la Puerta serian el cuento de nunca acabar, y nos hemos llevado chasco.

Nos alegramos á fin de entonar un himno en pró del Ayuntamiento, aunque no sea mas que por la conclusion de la mitad de la obra,

¿Y la otra mitad?

Parécenos que si lleva la misma prisa que la anterior se terminará al par de la canalizacion del Istmo de Suez.

Llueve á la perfeccion: estamos aterrados con la perspectiva de la lluvia, que si no se detiene por algun tiempo, ocasionará serios conflictos á la Agricultura.

Las efemérides de la pasada septena son de escasa importancia.

No hay cosa que merezca la pena de estamparse en nuestra revista, si se exceptua el sentimiento general de las muchachas nerviosas, que no han podido aun sacar á relucir sus telas de primavera, esas batas diáfanas y vaporosas que reflejan al exterior un contorno soberano de hechiceras formas.

Es preciso resignarse á esperar los dias de sol radiante para admirar las voluptuosas crinolinas.

Esperamos á que resucite Jesus: entonces, resuci-

tan las flores, y resucitarán los cielos, y resucitarán todas las armonias de este inmenso cosmos. las armonias que parecen morir para recordarnos en silencio solemne la superior sublimidad del drama cruento que se representó en el Gólgatha hace diez y nueve siglos.

La cuaresma toca á su fin: el cristiano emplea los siete dias que le restan en el recogimiento y la oracion para leer con los ojos del alma esas páginas divinas de la pasion, escritas con la sangre preciosa del Dios de la misericordia y del amor, de ese Dios que murió sonriendo y bendiciendo á sus verdugos, de ese Dios que antes de subir á los cielos arrojó á la tierra los gérmenes de esta civilizacion hermosa que nos cobija hoy con su sombra bienhechora.

Si: bueno es que en estos dias de cuaresma que nos restan nos consagremos con toda nuestra alma, y con toda nuestra voluntad á hacer una sublime conmemoracion del sacrificio de Jesucristo, Dios de paz y Caridad, que redimió al hombre de la penuria en que yacia: la religion lo exige así, y nuestro agradecimiento lo ordena tambien.

Por eso la Semana Santa viene á ser como una tregua del estrago que nos rodea: es una suspension de hostilidades entre nuestras pasiones groseras que se acallan por un instante para dejar al alma en libertad de obrar y engolfarse en las meditaciones mas puras.

En Madrid no se celebra por desgracia la Semana Santa como convendria á la capital de una nacion eminentemente católica: en Sevilla y en Toledo se presenta con mas soberana magnificencia, y por esto acuden allí muchedumbre de viajeros.

Seria de desear que la autoridad tomara medidas oportunas para evitar que se repita en las procesiones el escándalo del año pasado, y los atropellos que son consiguientes.

La solemnidad de los misterios que se celebran, reclama la compostura y el orden en los espectadores, fuera de que con las falsas alarmas se ocasionan numerosas desgracias.

Nosotros, aunque humildísimos revisteros nos atrevemos á recomendar á nuestras lindísimas suscriptoras que aprovechen cumplidamente estos dias, en que la piedad cristiana exige mas que en otros el recogimiento indispensable para conversar con el Dios benéfico, que derramó su sangre por hacernos felices.

Hay dias para la alegría, como los hay para el dolor y para la meditacion: la Semana Santa debe pues ocuparse toda en conmemoracion del sublime misterio

que nos trae á la memoria, y que debemos grabar en la de nuestros hijos, para que á su vez leguen ellos á los suyos en su día la grandeza de esta tradición sagrada.

Estamos atravesando un tiempo siniestro, un tiempo en que la muerte hace presas por todas partes.

Después de la era de crimen que hemos cruzado, después de la consumación de tantos delitos pavorosos como nos han estremecido, ahora para complemento de todo se nos están ofreciendo los espectáculos tremendos del castigo.

En la semana anterior á esta sufrió la pena de garrote el cabo Collado, de cuyo cadalso dimos cuenta á nuestros lectores.

El sábado de la actual han sufrido la misma pena los dos reos que cometieron el asesinato de la calle de la Esperancilla.

Renunciámos á describir el espectáculo poseídos de un horror invencible.

Parece ser que ha asistido á él un gentío inmenso como sucede siempre en estos casos.

Nosotros no podemos menos de deplorar este castigo de nuestras leyes penales, que se presta desde luego á consideraciones tristísimas.

No podemos concederle eficacia para reprimir el crimen, porque basta presenciarlo que sucede en cada ejecución para convencerse de que el cadalso puede aterrar; pero su impresión es del momento; nada enseña, ni de nada preserva: solo puede inspirar afectos de pena y de repugnancia.

Estamos seguros de que lo que no consiga un buen sistema penal penitenciario no lo conseguirá jamás ese horrible castigo, que lejos de dulcificar los instintos crueles del delincuente, los exagera y concita más y más contra la sociedad que dispone de la vida del hombre, suponiéndose instrumento de Dios.

Respetamos los fallos de la justicia, y nos sometemos completamente á las disposiciones establecidas en nuestros códigos; pero creemos que la pena de muerte quedará abolida desde el momento en que las sociedades hayan consolidado y robustecido su progreso, porque ofrezca espectáculos refractarios de toda civilización bien entendida.

Trazando esas líneas ha llegado á nosotros la noticia de que anoche se ha perpetrado un asesinato espantoso en la calle de la Ballesta, acompañado de un robo considerable.

No respondemos de su veracidad hasta enterarnos bien; pero si fuera real no es un hecho que comprueba hasta que punto es ineficaz el espectáculo del cadalso?

El viernes estaban aun los dos reos en capilla para ser ajusticiados el sábado: en los puntos de costumbre se pedían limosnas para sufragio de sus almas, y la sentencia era ya tan pública que la pregonaban los ciegos por las calles. Pues bien, como es que en la noche del viernes se ha perpetrado un nuevo crimen, cuando al día siguiente iba á tener lugar un escarmiento lúgubre?

Además, estaba reciente el cadalso del cabo Collado, y es posible que no se retarde mucho el de la calle de la Justa: véase pues como es insuficiente el patibulo, y como se hace cada vez más necesario el establecimiento de un buen sistema penal que rehabilite al

hombre por si mismo á los ojos de la sociedad ofendida.

Los teatros cerraron también sus puertas y no las abrirán hasta que la Pascua se anuncie con su animación acostumbrada.

El último concierto sacro del conservatorio estuvo concurridísimo como de costumbre; la Sra. Lagrange obtuvo nuevos y allagüeños triunfos: el tenor Bettini cantó con bastante acierto, y los demás artistas hicieron lo bastante para complacer á la concurrencia.

Veremos como se inicia la nueva temporada teatral. Ojalá principie y acabe con mejores auspicios que la pasada, porque no se ha conocido en la corte nada más insulso y trivial.

Tenemos ya deseo de saber como se han hecho las contrataciones para el año próximo, y los actores que han de componer el personal.

Se dice que Arjona quedará en Madrid y que se propone tomar parte en la subasta del Príncipe: Delgado marchará á provincias, si la Teodora no continúa con él: por último, el Sr. Salas que tan mal parado ha salido este año con la empresa de la Zarzuela, parece que intenta tomar parte en la subasta de dos ó tres coliseos.

Ojalá que el Sr. Salas tenga más acierto en esto que en la colección de las zarzuelitas que nos ha regalado: es lástima que se le olvidase el método: se ha lucido á las mil maravillas porque rara vez se han aparejado en la escena colecciones tan formidables de disparates.

En fin esperamos muchas novedades para la Pascua, queridos lectores.

Con la Resurrección de Jesús vamos casi á resucitar para una nueva vida.

Vida fecunda en flores y aromas, vida de primavera con sol radiante en el diafano azul de los cielos, y mujeres vaporosas y espirituales sobre la tierra.

LEONORO ANGEL HEURERO.

## SECCION CIENTIFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DEL PADRE.

(Continuacion).

Ofrece una duda tratándose de esta cuestion.—Por qué el padre no puede reemplazar á la madre en sus funciones? No tiene mas inteligencia, mas autoridad, mas poder para educar á sus hijos? Consideremos.

El padre es ciudadano á la vez que padre; su mision se estende al mundo y al hogar: la tribuna, las ciencias, las artes, le llaman fuera de casa para atender á las exigencias del Estado y á las necesidades primeras de la familia: obrero infatigable y acosado de continuo por los mil cálculos que agobian al jefe, tiene que estar incesantemente separado de ella: no se pertenece absolutamente porque frente al hogar se halla la patria que le impone deberes.—De aquí una gran necesidad social: la instruccion pública.

Lo que no admite duda es, que cuanto mas armonia en las funciones del padre y de la madre, cuanto mas se re-



lacionen, se apoyen y se robustezcan, el resultado será mas seguro.—Veamos de qué manera.

El padre es como el anillo que entaza la vida doméstica con la vida pública: por su conducto se transmiten una y otra sus buenas ó malas inspiraciones: el hogar aislado recibe en su seno los ecos de la ciudad, resumidos, suavizados, por la voz del jefe de familia: su compañera, participe de sus secretos, de sus operaciones, de cuanto se relaciona con el porvenir, interviene en todo, discute blandamente, pone á la familia en posesion de cuanto sucede en el mundo exterior: así, la vida del hogar no es puramente vegetal como algunos pudieran figurarse, sino que se nutre de la savia de la vida pública, aprendiendo constantemente sus lecciones, sus experiencias, sin sufrir contagio alguno, sin exponerse á devorar los amargos frutos de decepciones exteriores, teniendo por custodia el amor de madre que saca de todo partido para enseñar, y la fortaleza del ciudadano que se interpone entre el abismo para defender y preservar. Así, el hogar, este hermoso nido que abriga con su calor á las generaciones nacientes, participa de todo sin lamentar de nada: su propia vida le rodea de encantos: la vida exterior le enseña; los tiernos pajarillos crecen bajo el ala de su madre, cantando un himno eterno de gloria, escudados por el padre que los defiende del acerado pico de las aves de rapina: aprende á evitar el peligro, y cuando llega el día en que tiene que volar, el padre sirve de guía y los conduce á cielos sin nubes, centellantes de luces y hermosura.

Y no se crea por eso que la familia desconoce completamente los mil principios que ha menester para vivir en público: el extremo no es la regla: del ostracismo absoluto no podría resultar nada bueno: lo que es necesario es que la ciencia exterior no se aprenda entre la tormenta del mundo, sino de los labios del padre: fuera del hogar hay desengaños que matan: el padre los sufre y no debe hacerlos sentir á la familia: tan punible sería hacerle conocer esto demasiado, como hacérselo desconocer: el secreto es evitar el naufragio futuro sin llenar de espinas el presente; y he aquí que la mision del padre realiza esta empresa fecunda: hé aquí que esta figura soberana del hogar se nos presenta ya en todo el esplendor de su grandeza, porque se transforma en mártir para derramar el bien entre sus hijos, mártir del mundo que saborea decepciones, que bajo el vestido que exige el culto social, lleva un alma desgarrada, una frente dolorida, un corazón herido y valiente que bendice en silencio su cruz, y que todo lo arrostra por ahorrar una lágrima á sus caras prendas.

Se dice generalmente que el padre no puede llenar la mision de la madre, porque la energía del hombre, sus ímpetus, sus pasiones, son siempre mas violentas que las de la mujer: es un error: educad al hombre para reemplazar á la mujer y conoceréis su aptitud: despropiadle de su profesion de ciudadano, geómetra, abogado, artista, u obrero; implantadle en la vida pasiva del hogar, recomendadle como á la mujer la sola tarea de educar y veréis si le sustituye. Para que así no fuera sería preciso que el corazón del hombre y el de la mujer fueran dos polos opuestos, y són una misma esencia en dos formas. La cuestión es de

tiempo y nada mas: el hombre no le tiene para consagrarse al hogar: los mil detalles de la vida, los cuidados que le asedian como jefe de familia, le privan de reemplazar á la madre: por eso no puede tener su paciencia para educar, y apenas se detiene en el hogar, porque las necesidades domésticas exigen de él la actividad de una locomotora.

Hé aquí el origen de la separacion de las funciones de esos dos reyes de la familia; pero no por esto se crea que han de caminar aislados, ni que la mision de la madre es mas grande que la del padre: ambas tienen sus excelencias, ambas se armonizan para completar el ideal divino de la educacion.

El padre es la salvaguardia del hogar: le defiende y sostiene: vela por sus derechos, y su mirada no solo abriga constantemente la vida doméstica, sino que la desarrolla y gobierna con un orden prodigioso: además, el padre es el que vela por el porvenir, fomentando con sus esfuerzos la fortuna material, y ampliando con sus conocimientos la educacion materna para hacerla útil.

Así, el padre no inspira como la madre, enseña: la madre forma el sentimiento, el padre le ilustra; la madre modela una estatua, el padre la pulimenta; la madre forma un hombre, el padre un ciudadano; la madre fecunda el corazón, el padre lo enriquece con la verdad: la madre imprime los gérmenes de lo bello, el padre los desarrolla y utiliza; la madre forma un ángel, el padre un ángel social; y de esta prodigiosa armonia de las funciones reciprocas de los soberanos del hogar, de esta separacion relacionada, de esta division aparente que manifiesta la suprema sabiduría de la naturaleza que todo lo somete al orden providencial de una economía divina, resulta completa la fábrica de esa institucion celestial, cuya magnificencia supera á todas las cosas terrestres.

Así, el padre no ejerce una actividad pasiva en el hogar, si no que por decirlo así, es el eje, la palanca que le imprime su ordenada rotacion. Como ciudadano pasa fuera la mayor parte del tiempo; pero su imagen queda allí grabada velando en silencio por la armonia de todas las cosas: él preside las grandes enseñanzas: él trasmite las lecciones solemnes: él prepara las escenas magestuosas que hacen honda melía en el alma de la familia: él inspira á la madre para que á su vez inspire: él sostiene su poder con su autoridad: él imprime en todo el sello de la armonia con su autoridad.

*Se continuará.*

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## LA EXISTENCIA DE DIOS.

A MI QUERIDA NIÑA MARÍA DO LA GLORIA.

¿Quién le dá aroma á la flor?

¿Quién le dá rumor al viento?

¿Quién tan suave movimiento

A las nubes dá y color?

¿Quién con pincel sobrehumano

Pintó en el azul del cielo;

Ese tachonado velo,

Ese dosel soberano?  
 ¿Y quién á la yerbecilla  
 La dice, vegeta y crece,  
 Tu caliz abre y florece,  
 Modesta, pura y sencilla?  
 ¿Y quién con vívida luz  
 Ilumina la natura  
 Y dá á la noche capúz,  
 Y al sol esa tumbre pura?  
 Oh! ¿sabes, quién, hija mía,  
 Opera tales portentos  
 Quién rige los elementos  
 Con alta sabiduría?  
 Es una suprema mano  
 De tan pura y rica ciencia,  
 Que lleva la Omnipotencia  
 Del gran poder soberano.  
 Su nombre no te lo dice  
 Ni pluma, pues el creyente  
 Adivínale en su mente  
 Mientras el alma le bendice.  
 El puso en el pecho mío,  
 Cual eterno manantial,  
 El dulce amor maternal  
 Con que por tí desvarío.  
 El, que dió aroma á la flor,  
 Arbitro es de tu existencia!  
 Acaba su omnipotencia,  
 Reza, arcángel de mi amor.

9 de Abril de 1862.

FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

## LAS OFRENDAS DE UNA MADRE.

LEYENDA VASCONGADA.

V.

La noche tendió su denso velo sobre el campo de batalla, como si se propusiera cubrir aquel horroroso cuadro para evitar al hombre un sentimiento de pavor: la arena estaba sembrada de cadáveres de musulmanes: por todas partes se descubrían turbantes diseminados en desorden: el estertor de algun moribundo se oía confusamente de tiempo en tiempo: algunos gritos rancos y ahogados producidos por los dolores de las heridas, y como si escaparan de los cárdenos labios de la muerte, turbaban tambien el silencio de la noche, haciendo fúnebre compás con los graznidos de algunas aves de rapiña, que saciaban su voracidad en los troncos de los que habian fenecido.

Un rayo de luna, diáfano y plateado como el velo de una virgen desposada, se destacó en el azul del firmamento, y á su tímido fulgor se podia examinar perfectamente el espectáculo siniestro del campo. Una brisa fria y penetrante se estrellaba en repetidos besos contra la corola de las flores que gemían atérradas como si lloraran sangre: en el espacio reinaba el silencio de las tumbas.

La pálida claridad del astro argentado destacaba sobre el campo la forma colosal de un hombre, que con cierta ansiedad febril examinaba los haces de cadáveres, como si buscara entre ellos alguna persona querida.

Qualquiera hubiera dicho al verle desde lejos que era un vampiro sediento de sangre, ó un monstruo feroz que se inclinaba sobre los heridos para darles el golpe de misericordia, como se decía en la antigüedad,

Pero no era ni un vampiro ni un monstruo: era el tío de Antonio, el bizarro capitán de los tercios vascos que se habia cubierto de gloria en la jornada.

Así que las tropas se retiraron á su campamento, entonado los himnos de la victoria el capitán hizo el recuento de su compañía, y halló que entre las bajas figuraban su sobrino y el sargento veterano.

—Dios mío! Dios mío!—balbuceó—si habrá muerto, si habrá perecido á manos de estas hordas salvajes...! Oh! él... él... y su pobre madre!... desgraciada!

Y diciendo esto se quedó profundamente pensativo: poco despues se pintó en su rostro un rayo de esperanza.

—Puede que no haya muerto—dijo—puede que viva aunque le hayan herido: corramos... corramos antes de que le hagan prisionero... Oh! cuentan de estos malditos cosas horribles... corramos á salvarle si es que vive.

Y el capitán voló al campo de batalla poseído de un vértigo.

En vano registró escrupulosamente todos los grupos: en vano recorrió aquella dilatada llanura en todas direcciones: no encontró rastro alguno de su sobrino.

Desesperado y abatido por el cansancio y por el dolor, se dispuso á regresar al campamento, cuando súbitamente hirió su vista el brillo de un relámpago, y en el instante oyó el ruido de una detonacion.

Corrió hacia el lugar de donde habia partido el tiro y á doscientos pasos divisó la forma de un hombre que estaba sentado sobre una roca y tenia la cabeza apoyada en las dos manos.

El capitán se aproximó mas, y no pudo entonces contener un grito de alegría: aquel hombre era el sargento veterano.

—Ah! sabucso mío... Ah! javalí de las montañas—le dijo abrazándole.—¿Con que vives todavía?—¿Con que no has muerto?... Voto á san, y yo que habia rezado ya un padre nuestro por tu alma.

—Gracias mi capitán—respondió el sargento con voz ronca—no he tenido necesidad de nada de eso—¿no sabe V. que tengo siete vidas como los gatos?

—En efecto, valiente: tú eres un soberbio gato montes; pero dime ¿Qué te ha parecido la gresca?

—Oh! lo que es esta—gruñó el sargento riendo de una manera horrible y haciendo unos visages espantosos, lo que es esta no me ha parecido mal... he despachado al infierno á algunos de esos ávechuchos que e-tán tendidos sobre la arena... Certo que me han acerbillado, apenas tengo un hueso sano; pero me he divertido á la perfección.

—Y dime—le preguntó el capitán, temblando como un azogado—dime, ¿supongo que mi sobrino vivirá tambien como tú? No es eso?

—Frescos estábamos si así no fuera. ¿Cómo queria V. que yo viviera estando él muerto?

—Ah! ¿con que vive?

—Pues no... cuando á mi se me dá un cargo le cumplo á todo trance! No me dijo V. que era preciso que viviera ese muchacho?

—Precisamente; él tiene madre, mientras nosotros estamos solos en el mundo.

—Es verdad... pues nada, a'gun trabajo me ha costado, es cierto; pero al fin todo ha salido á medida de nuestros deseos.

El muchacho es una perla, eso sí... yo creia que le asustaría el zombido de las balas y el humo de la pólvora; pero ya va... buen perillan es el chico... ha despachado á cinco ó seis animaluchos en un periquete; al diablo con sus piernas... apenas podia yo seguirle.

—¿Y está herido?



—Le diré V... herido... truenos de Belcebú... si lo está.

—Quién habrá escapado hoy sin algun rasguño? V. tambien parece que tiene vendado el brazo derecho.

—Eh! no es nada... hablame de ese muchacho.

—Es verdad... soy un chacharero... pues señor, el pobre ha sacado de la danza una costilla menos, tiene una herida en la frente, otra en el brazo izquierdo y otra...

—Dios mio! Dios mio! ¿Luego está acribillado?

—Eso es, acribillado, bastante lo siento; pero cómo ha de ser... El ha tenido la culpa... Yo le gritaba «muchacho, párate... no te desvías de mí... que te van á atrapar—» sí, sí, bueno era el mozo; lejos de hacerme caso avanzaba que era un primor.—Bueno! dije para mí, puesto que te gusta la danza, todos bailaremos á compás.—Le seguí como un perro á su dueño y nos portamos de lo lindo. Cuando huyeron estos canallas recibió un tiro en la frente: la bala no hizo mas que rozarle; pero cayó sin sentido. Bueno! le tomé en mis brazos y aché á correr hácia nuestro campamento. Bueno! algunos de esos malditos me dispararon á quebra ropa, pero el demonio me protegia y no me tocaron un pelo. Cansado y abatido me senté en esta piedra para tomar aliento, cuando al poco tiempo veo levantarse una sombra allí á cincuenta pasos de nosotros, donde está aquel ganful; era uno de esos perros que luchando aun con las bascas de la muerte se apoderó de su espingarda y me disparó un tiro. La bala se estrelló contra esta roca.—Ah! bribon—grité yo corriendo hácia él con la bayoneta en la mano—no quedarás para contarlo... Voy á cortarte esas orejas de zorro viejo... Bueno! le despaché de cuatro á seis golpes soberbios y me volví á sentar aquí.

—Eres un valiente, amigo mio ¿pero y mi sobrino?

—Venga V. á verle capitan... le tengo á cubierto entre aquellos musgos... ahora cargaré otra vez con él, y regresaremos juntos al campamento.

El veterano guió al tío de Antonio hácia un barranco donde recostado sobre una alfombra de verdura, yacia el voluntario exánime al parecer.

El capitan se inclinó hácia él, y al fulgor de las estrellas pudo reconocer su faz bañada en sangre, que chorreaba aun de la herida que tenia en la frente.

Estaba pálido; pero sonrosado por la fatiga de la jornada. Parecía dormir un sueño apacible, el sueño de un niño reclinado en una cuna de rocas y velado por la dulce sonrisa de su madre.

El capitan estampó un beso en la frente del héroe, como si codiciara absorber la sangre generosa que de ella manaba.

—Hijo de mi alma! hijo de mi alma—baluceó enjugándose una lágrima abrasadora.—Si te viera tu madre! Antonio abrió los ojos lángidamente como si el eco de aquella voz hubiera resonado con sublime dulzura en su corazón: posó en el capitan una mirada tibia y amorosa como una caricia, y le dijo con voz trémula.

—No tema V. yo viviré... llevo conmigo un talisman poderoso.

Y enseñó á su tío el relicario que le dió su madre, y la flor de Blanca.

El relicario y la flor estaban empapados de sangre:

—Si muriera—dijo Antonio con acento débil—si muriera no se olvide V. de manifestar á esos ángeles de mi vida, que su recuerdo ha vivido conmigo hasta el fin... que no se han separado de mí estas sagradas reliquias que me dieron, que macro amándolas y bendiciéndolas.

—¿Eres un valiente!—esclamó el capitan loco de entusiasmo—eres un héroe!... Oh!... pero vive... vive para los que te amamos... Tu muerte sería para mí un remordimiento... sí, me

juzgaría ser tu asesino y me maldeciría de corazón... Ah! vive... vive para ellas...

—Viviré—dijo el voluntario con voz cada vez mas débil—viviré porque ellas pielen por mí.

Y en sus labios se pintó esa sonrisa dulce y melancólica, peculiar de los que aman y esperan.

—Gracias! gracias Dios mio—baluceó cayendo de rodillas y elevando sus ojos al cielo.—Salvadle... salvadle aunque sea á costa de mi vida! Antonio se había desmayado: el sargento veterano le tomó en sus brazos, como si fuera un niño y se dirigieron todos al campamento.

Ocho dias despues partieron para Malaga el tío y el sobrino en un buque destinado esclusivamente á trasportar los heridos.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## GAROLINA.

LEYENDA ORIGINAL.

dedicada á la Excelentísima señora

DUQUESA DE VERAGUAS.

La condesa de \*\*\* persuadida de que el único goce verdadero que hay en la tierra es hacer bien, determinó emplear el resto de su vida en visitar á los enfermos, socorrer á los pobres, enjugar las lágrimas de los desgraciados, en una palabra, dulcificar las penas derramando el consuelo y alivio, tanto para los dolores del espíritu como para los del cuerpo.

Las circunstancias de haber quedado viuda y ser los hijos de mayor edad, le dejaba tiempo suficiente para administrar una parte de sus bienes, cuyos productos repartía ella misma sin desdenarse ni tener á menos pisar las inmundas pocilgas en que la moderna civilizacion va arrinconando á los pobres.

Una mañana que poniendo en práctica su piadosa determinacion recorria las salas del Hospital de la Princesa entró en la de Santa María, y al llegar á la cama num. 8, encontró una jóven como de veinte años, pálida, demacrada y que á primera vista se conocia que no eran solo los dolores físicos los que habian marchitado la lozanía de su juventud.

El semblante de la enferma interesó vivamente á la Condesa que con la mayor dulzura la dijo:

—¿Qué padeces, hija mia?

—Calentura, contestó la enferma.

¿Sientes mejoría?

—Como la ha de sentir, interrumpió la beata que acompañaba á la Condesa, si se niega á tomar la medicina, de ese modo nunca se pondrá buena.

—Dica muy bien la hermana, añadió la Condesa, si no pones los medios mal podrás curarte; es preciso que seas mas dócil y tomes las medicinas, porque de lo contrario el mal irá ganando terreno, llegará caso en que no tenga remedio y entonces... ya ves... te morirás.

—Esa sería mi mayor felicidad!

—¿Y porqué preguntó la Condesa.

—Porque sufro mucho.

—Vamos, ¿y qué es lo que sufres, para que olvidando la religión llegues al extremo de desearte la muerte? ¿Es posible que una enfermedad trastórne de un modo tu corazón hasta el punto de desesperarte y hacer que desconfíes de la bondad de Dios?

—No es, señora, mi enfermedad lo que me aflige.

—Entonces...

—Es que mi pobre madre está también enferma.

—En dónde?

—No sé...

Y la joven no pudo continuar, las lágrimas asomaron á sus hermosos ojos, y la Condesa con el mayor cariño la consoló diciéndola:

—Vamos, hija mía, no te aflijas; cuéntame tus penas que yo procuraré aliviarlas en cuanto esté de mi parte.

—Señora, dijo la enferma, hace mas de un mes que me encuentro en este hospital, mi querida madre ha venido á verme todos los dias de entrada y hace dos domingos que no la veo... mi madre está enferma. ¡Mi madre que no contaba con mas recurso para mantenerse, que con el producto de mis labores... cómo lo pasará sin tener...

—Hija mía, interrumpió la condesa al ver el sentimiento fielmente retratado en el semblante de la enferma, no hay que apurarse, en estos casos es cuando hay que tener fuerza de espíritu; todo se arreglará, dime dónde vive tu madre y al momento iré á enterarme de su salud, y si tú me das palabra de tomar las medicinas, yo te la daré de volver antes de una hora para decirte lo que ocurra y tranquilizarte. ¿Vamos, me das tu palabra?

—Sí señora, haré lo que V. me mande.

—Muy bien, y mientras vuelvo reflexiona, que al venir al mundo venimos á padecer, no á gozar, y cuanto mas padecemos mayor gloria tendremos. Avergüenzate de haberte deseado la muerte, la vida no es nuestra, es de Dios que nos la dá para que la empleemos en servirle. Otra joven en iguales circunstancias en que tú estás, en vez de desear la muerte hubiera puesto los medios para curarse pronto y volar al lado de su madre para asistirle y socorrerla. Vamos á ver; ¿si tú dejáras de existir cuando tu pobre madre llegue á la ancianidad, qué tendría que hacer? Ir de puerta en puerta pidiendo una limosna, y acabaría sus dias...

—Sí señora, sí. Basta. Yo procuraré gobernarme buena. Yo trabajaré todo cuanto pueda para librar á mi querida madre de esa desgracia.

—Así me gusta, dijo la Condesa, y en premio de tu docilidad voy ahora mismo á enterarme del estado de salud en que se encuentra tu madre. ¿A dónde vive?

—En la calle de Amánuel, núm. 12 en el palio.

—¿Cómo se llama?

—Juana Losada.

—¿Y tú?

—Carolina Sandoval.

—Muy bien, dijo la Condesa arreglando la ropa de la cama, pronto volveré. Adiós Carolina, y besándola en la frente, salió.

Carolina no pudo contestar mas que con lágrimas á tan cariñosa despedida, y no es extraño, porque cuanto el agradecimiento es verdadero nace del corazón, y sus frases mas elocuentes son las lágrimas.

(Se continuará).

MASTEL FERNANDEZ.

## LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

### VI.

*Locomotora.*—Partes generales de que se compone.

Si difícil nos era presentar clara y exactamente la descripción de las partes constitutivas de las máquinas fijas, aun lo es mas reunir estas cualidades en la de aquella, cuyo impulso se aprovecha para recorrer un espacio cualquiera, ó sea la *locomotora*. El número demasiado crecido de piezas que las forman, la importancia de cada una de ellas, que impide prescindir de ninguna, todo se opone á que los detalles se presenten con la claridad é independencia que seria de desear.

Sin embargo, procuraremos que cada una de las partes generales aparezca aislada de las demás, y las iremos detallando segun su orden de colocacion y modo sucesivo de funcionar, con lo que si no queda una imagen exacta del conjunto grabada en la imaginacion, se habrá formado al menos un juicio verdadero de él, y una idea aproximada de cuales son los efectos que produce la máquina puesta en actividad.

La excesiva complicacion de partes que hemos indicado se observan en las locomotoras; impide que resalten á primera vista los dos aparatos generales, que consideramos en las máquinas fijas; aunque en la esencia ellos solos son los que las componen. No obstante de existir en realidad estos dos aparatos consideraremos varios, independientes entre sí, para la mejor inteligencia de todo mecanico.

*Bastidor.*—Llámanse así un gran armazon de madera, de roble comunmente, por ser bastante consistente é inatacable por las influencias atmosféricas, en el cual está sostenida toda la máquina. Su forma es semejante á la de la *escalera ó mesa* de nuestros carros comunes, y se halla como esta, apoyado en las ruedas motoras.

Tiene en su parte posterior, forrada de palastro, una plataforma sobre la que se coloca el maquinista, para cuidar y mover los resortes que graban movimiento y direccion á la máquina.

*Caja de fuego.*—El nombre con que se conoce este aparato dice ya en qué consiste y para qué se encuentra formando parte del todo mecanico. Es así, así puede decirse, el extremo posterior de la caldera, y se halla limitando la plataforma en que hemos dicho se colocó el maquinista.

Compónense de tres partes principales. La primera es el hogar, situado en la parte inferior, y en el que tiene lugar la combustion del mineral necesario para convertir el agua en vapor. La parte central es en realidad el principio de la caldera, que continua despues en el cuerpo cilindrico, que en breve describirémos. Está llena de agua, es el foco central del calor, y donde tiene lugar la ebullicion en alto grado. La tercera parte, ó sea la superior, consiste en una cúpula ó receptáculo semiesférico, por el que se distribuye el vapor, hasta hallar salida para el cuerpo cilindrico y demas partes de la máquina.

En la caja de fuego hay además otras piezas accesorias, que vamos á diseñar: está el *regulador*, que no es otra cosa que un conducto que da paso al vapor, cuando es conveniente y en la cantidad necesaria, desde el centro de la caja de fuego al cuerpo cilindrico. El maquinista abre y cierra en el momento oportuno



el regulador, por medio de un resorte formado al efecto.

También se ven en la caja de fuego las *válvulas de seguridad* que ya dimos á conocer en otra ocasión. Su uso, pues, estará circunscrito á proporcionar salida al vapor si su fuerza expansiva llegase alguna vez á un grado tal de intensidad, que pusiera á la caldera en el inminente peligro de estallar. Los resortes que hacen girar á estas válvulas, están guardados de todo tropiezo y deterioro en una caja metálica.

El *estrato de alarma* se halla colocado en la parte superior de la cúpula. En las locomotoras produce un sonido más agudo que en las máquinas fijas, pues sirve para avisar la llegada del tren, y evitar toda estrago que pudiera ocasionar en su violenta marcha. Se oye generalmente á 2 kms. de distancia.

Un tubo de cristal, especie de nivel de agua, colocado junto al maquinista, indica á este la altura de aquella en la caldera.

En la plataforma hay una palanca que engrana en un sector de círculo dentado, llamado *sector-guia*, y sirve para dirigir la máquina hacia adelante, hacia detras, ó á uno de los lados cualquiera. Si la palanca engrana en el diente posterior del sector-guia, la máquina adquirirá un movimiento de retroceso; si por el contrario, engrana en el primero anterior, girará hacia adelante; y según en el diente de los intermedios con que se ajuste, así la máquina marchará á derecha ó á izquierda.

Cuerpo cilíndrico de la caldera. La caja de fuego se halla en comunicación directa, ó mejor dicho, está continuada por un tubo cilíndrico, semejante en su forma y funciones al que describimos en las máquinas fijas, con el nombre de *generador*. Está lleno de agua, próximamente hasta sus dos terceras partes. Varios tubos de pequeño diámetro corren por su interior, desde la caja de fuego hasta otra colocada en la parte anterior del cuerpo cilíndrico, llamada *caja de humo*. Estos tubitos conducen los restos de la combustión á la caja de humo, para que desde esta salgan al exterior por la chimenea de la máquina.

El cuerpo cilíndrico está rodeado en su exterior por un número bastante crecido de abrazaderas de caoba, que como madera mala conductora del calórico, evita la radiación y por consiguiente, favorece la economía de combustible.

Caja de humo.—Está colocada como hemos dicho en la parte anterior del cuerpo cilíndrico, y se halla en comunicación abierta con él. Los restos de la combustión llegan hasta esta caja, por los tubitos ya mencionados, y se reúnen en su cavidad para salir al exterior.

Cilindros de fundición.—Estos son los cuerpos de bomba en que funciona el *émbolo*, idénticos en todo al descrito al hablar de las máquinas fijas. En las locomotoras hay dos, uno en cada lado de la parte anterior del bastidor. Es necesario que sean dos los émbolos en las locomotoras, porque están destinados á imprimir movimiento rotatorio á las ruedas, y estas se encuentran en ambos lados del tren.

Siendo dos los émbolos, es preciso que haya también dos *cajas de distribución* del vapor, y efectivamente las hay. Cada una de ellas está adherida á su cilindro respectivo, y en relación con el cuerpo cilíndrico de la caldera, para poder recibir el vapor.

Su mecanismo es el mismo que el de las de máquinas fijas, y por lo tanto no necesitamos ocuparnos de él, habiéndolo ya hecho al hablar de aquellos varios resortes que dan entrada desde ella al vapor, ya á la parte superior del émbolo, ya á la inferior; y sale al exterior, cuando ha tenido lugar el movimiento de ascensión ó descenso que debía producir.

Una diferencia tan solo se nota entre esta válvula de salida en las locomotoras y en las máquinas fijas. En las últimas el vapor llegaba al *condensador*, y después de pasar al estado líquido,

se dirigía á alimentar la caldera. En las locomotoras, por el contrario; la válvula está en comunicación con la caja de humo; llega á esta el vapor, y luego busca por la chimenea su salida al exterior atmosférico.

El vástago ó vara del émbolo se halla encerrado en una caja, con el objeto de que sus movimientos puedan ser rectilíneos y uniformes. Este vástago articula con una barra llamada *biela*; fija por su otro extremo á la rueda principal ó motriz de la locomotora. De este modo el movimiento del émbolo se transmite á la biela, de la biela á la rueda motora, y de esta á todo el aparato. Cualquiera que haya visto la máquina impulsiva de uno de nuestros trenes, conoce la biela que hemos mencionado. Es una de las partes más visibles de la locomotora; la barra que junto á la rueda principal va girando con un movimiento compasado y semicircular. El punto en que la biela se une á la rueda motora, se llama *manibela*.

En la parte inferior de los cuerpos de bomba hay unos resortes cerrados con llaves, que sirven para purgarlos de vapor, en caso de necesidad, cuando ya todo está preparado para la marcha del tren.

En la parte posterior de la máquina, y articulado con el bastidor, hay una especie de carro, llamado *ténder*; en el que va el agua y combustible, necesarios para hacer girar la máquina. El agua pasa del ténder á la caldera por medio de bombas.

Tal es la máquina locomotora, que sirve para hacer recorrer á varios trapes adheridos á ella, un espacio determinado. Puede emplearse y se emplea en los viajes y trasportes por mar y tierra. En el primer caso tenemos los buques de vapor, en el segundo los trenes de nuestros caminos de hierro. Algunas modificaciones se notan en la máquina, según se destine á una ó á otra de estas dos marchas; pero siendo accidentales y de poca consideración, no merecen que las citemos nosotros, en la breve reseña que nos propusimos hacer de las máquinas de vapor.

En el artículo siguiente diremos algo acerca de la propagación de este invento en el globo, y de las causas poderosas que han influido é influyen en algunas naciones para que no se haya generalizado en ellas con la rapidéz que en las demás. Con esto habremos terminado cuanto sobre esta vasta é importantísima parte de la mecánica nos habíamos propuesto decir.

GREGORIO HERRANZ.

## CRÓNICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

Esta tarde se dice que Goyon continuará en Roma y que Lavalette será reemplazado en su puesto de embajador por Mr. Monsier. *El País* pone en duda considerándola prematura la noticia de que han entrado en Méjico los aliados, y que se constituyó un gobierno provisional con el concurso de los representantes de las tres potencias. Dice la *Presse* que el general Lorencez no quería ponerse en marcha para Méjico hasta que llegasen los refuerzos de Francia, y que Prim insistía en el tratado de Soledad.

Todavía ignoramos los detalles de la acción de Winchester, en la que los separatistas han sufrido una nueva derrota. El despacho que ya conocen nuestros lectores, anuncia tan solo que las pérdidas han sido considerables por ambas partes. La presencia de las tropas rebeldes cerca de Winchester hace presuntir un cambio en el plan que parecia indicar su retirada de Manassas. Evidentemente tenían el pensamiento de replegarse sobre Richmond y cubrir las fronteras de la Carolina del Norte, donde esperaban encontrar el ejército del general Burnside. La toma de New-Bero, ha venido sin duda á destruir sus planes y trata de recuperar las posiciones que han abandonado.

El Senado francés acaba de celebrar una sesión interesante. La Cámara debía aprobar ó desaprobar una petición de los marinos de Dunkerque, relativa á que ciertas plazas se den en los puertos tan solo á la gente de mar inscrita en la matrícula.

El Senado, á pesar de las razones que militaban en pró de los peticionarios, pasó á la órden del día.

Los periódicos franceses trascriben á sus columnas la circular que Mr. Persigny ha dirigido á los prefectos, relativa á la sociedad de San Vicente de Paul. El ministro del Interior dice que habiéndose dejado á la libre elección de las conferencias el que determinasen si preferían dar unidad á sus trabajos, sometiéndose á un Consejo central formado en su mayor parte de los miembros del antiguo comité de París y presidido por un alto dignatario de la Iglesia nombrado por el Emperador, ó si creían mas conveniente otras aisladas, 88 optaron por el Consejo, y 766 se decidieron por el aislamiento.

En vista de esta mayoría, el gobierno francés declara terminada la regularización de las sociedades de San Vicente de Paul, advirtiendo que cualquiera tentativa que tenga por objeto hacer de los afiliados una vasta asociación, gobernada por un jefe supremo ó por extranjeros, fuera de la vigilancia del Estado, será considerada como una infracción de las leyes del país sea el que quiera el pretexto caritativo ó religioso tras el que se oculte.

Los asuntos de Méjico y la causa del banquero Mirés, son las dos cuestiones que tienen hoy el privilegio de absorber la atención del pueblo francés. Respecto á la primera todo el mundo se pregunta, qué es lo que busca Francia en Méjico, y si se trata definitivamente de imponer la monarquía á aquella desgraciada república. Algunos sostienen que el general Lorencez, encargado de realizar el pensamiento secreto de la política imperial, avanzará hasta el mismo Méjico, solo ó acompañado de los españoles. Cada día se ve menos luz en esta cuestión destinada á provocar serias complicaciones.

El jueves pronunció su fallo la Sala segunda de la Audiencia en la causa por el asesinato de la calle de la Esperancilla, confirmando el auto definitivo del inferior.

Á la una se leyó dicha sentencia á los reos, siendo puestos en seguida en capilla para ser ejecutados el sábado.

El que con mas presencia de ánimo parecia era Cánovas (a) Martineja, el cual manifestaba gran indiferencia, habiéndose confesado al fió con el señor cura de San Millán. Este sacerdote ha inspirado tales simpatías á Cánovas, que desde luego le ha suplicado le acompañe al patíbulo, exclamando al ver su dolorosa vacilación: «Ya ve Vd. que á semejantes sitios, no va uno á gusto con todas las personas.»

Serrano, que era el otro reo, se mostró mas taciturno, aunque se hallaba tranquilo, fumándose un cigarro con que le obsequió Cánovas.

Este, deseoso de cumplir una promesa que habia hecho á Montero, el asesino de la calle de la Justa, convidándole á comer cuando le pusieran en capilla, pidió permiso para que este extraño convite se llevara á cabo, y habiéndole dicho que no convenia, porque esto le apartaría del reconocimiento en que era preciso permanecer, mandó al Montero varios platos en señal de que no olvidaba su promesa. Hay algo de horrible en estos obsequios entre dos hombres condenados á morir en un patíbulo.

Los nombres de los reos son: José Martinez Cánovas (a) Martineja, y Jacinto Serrano. El primero de estos era natural de Leganés y de 24 años de edad; el segundo lo era de Bustarviejo de 25 años, apenas cuapitados. El criado muerto por estos, llamado Marcelino, recibió nueve heridas, de ellas dos graves en el vientre y una mortal en el cuello, según resultó del reconocimiento facultativo.

La narración de los hechos, según aparece de la confesión de los encausados, es: que valiéndose Jacinto Serrano de las relaciones que unia á su hermano Manuel con don Juan Blazquez Prieto, entró en la casa y se enteró de la próspera fortuna de aquel; que se le despertó el deseo de robarle, que lo comunicó á José Martinez Cánovas, que le aconsejó este, que concertaron los medios de llevar á cabo su plan, y empezaron por visitar la casa en ausencia del dueño, con objeto de enterarse del sitio

donde estaba el dinero, inspirar confianza al desgraciado joven Marcelino, y espíar la oportunidad: Diez ó doce días transcurrieron en estas tentativas, hasta que se resolvieron á áconsumar el proyecto.

Van por la mañana y desisten porque hallan al joven con su hermano; vuelven por la tarde, lo juzgan solo, se sientan á su lado en el cuarto bajo, aceptan un cigarro que principian á fumar, y antes de terminarlo, al decir Martinez, poniéndose en pié, «vámonos,» cojió Jacinto repentinamente á Marcelino de la cabeza, y echando mano ámbos agresores á sus terribles y disformes navajas, las clavaron varias veces en el cuerpo del infeliz criado, segándole el cuello Serrano con la de mango de hierro que por cierto se rompió en tan cruenta y espantosa operación.

Los gritos de la víctima, el feliz y último pensamiento de su vida, la Providencia divina le dicta la idea de gritar á su hermano, que se hallaba en el piso principal, que se salve huyendo por el balcon. Sus gritos producen la alarma consiguiente; los asesinos se ven perdidos. Era preciso abrirse paso por entre la multitud, que acude á salvar, si aun es tiempo, al desvalido joven que gemia agonizante; pero aquellos profervos no reparan en hacer otra víctima, otras ciento si es preciso, y huyen navaja en mano, despues de dejar herido á un agente de la autoridad; pero huyen en vano. Jacinto es aprehendido, y poco despues su compañero Martinez.

Los reos abrigan esperanza de que aun no se les notificará ayer la sentencia. Así lo manifestaron por la mañana al almorzar con uno de los carceleros jamon con tomate. Cuando vieron que eran mas de las doce y que no les avisaban, creyeron que por lo menos su vida duraria hasta despues de Pascua.

El ejecutor de la justicia que vino hace pocos días de Albacete, ha sido el encargado de dar muerte á los reos. Según parece, la argolla que este emplea se diferencia en algo de la empleada por el de Madrid, por cuya razon ha tenido que hacerse alguna ligera modificación dirigida por él, en los palos donde ha de hacerse la ejecucion.

Esta modificación, que revela cierto amor propio artístico, hiela la sangre.

Martineja no quiso firmar la sentencia, é instándole el escribano para que lo hiciera, repuso:

«¿Que quiere V.? Yo la complaceria en todo, pero en eso no puedo. Es un capricho; ya que uno no deje otra cosa en el mundo, que no digan que ha firmado uno su muerte. Y no es porque Dios no me haya dado este (señalando al corazon), para eso y mucho más.» Al señor Massa y Sanguinetti, á quien vió pasar, le llamó con tono jovial y le dijo: «Ya sé que ha hecho V. cuanto ha podido. Ha defendido V. á un compañero mio y yo le aprecio á V.»

Los que han visto á estos desgraciados creen que en Cánovas hay algo de sobreexcitacion nerviosa que le impulsa á rayar algo en el crimen, en tanto que el Serrano, aunque mas retraído, muestra una gran tranquilidad de espíritu.

Recomendamos á nuestros suscritores la interesante novela titulada: *La marquesa de Pinces* original de nuestra distinguida colaboradora la señora doña Faustina Saenz de Melgar. Nuestros lectores conocen ya algunas de las poesias de la autora, y se habrán apercibido de la delicadeza y sentimiento que revelan, de esa ternura indelible que atesora el alma de una esposa y de una madre que se inspira en torno de la cuna de sus hijos para ofrecernos las flores de su pensamiento engastadas en divinas rimas. En la cubierta de nuestro semanario anunciamos esta preciosa obra que hemos examinado convenientemente, y de cuyo elogio se ha ocupado ya la prensa.

Propietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.